

ENCrucIJADAS DE LOS ADOLESCENTES DE HOY

Beatriz Janin*

Adolescencia: encrucijadas... amor, sexualidad y muerte.

Lugar de encuentros y desencuentros, de pasiones y amores intensísimos, de desesperaciones, de caída a los infiernos, de choque con el mundo... y también de esperanzas, de un mundo que uno supone abierto para siempre...

Al decir de Julia Kristeva (1993), *"estructura abierta a lo reprimido"*. Y los deseos incestuosos retornan, los fantasmas se presentifican y la omnipotencia reina.

Epoca del amor eterno, de los grandes descubrimientos, del heroísmo. El adolescente es el héroe, el que transgrede, el que arriesga todo a cada instante, el que supone que todo instante es infinito. Toda adolescencia tiene un componente trágico y es raro que alguien haya transitado esa época de la vida sin sufrimientos.

Amores...

El amor... ¿Cómo pasar del amor infantil por los padres a un amor exogámico? Enamoradizos, los adolescentes se fusionan con el otro y viven cada separación como un desgarró.

Y el sexo... en el encuentro apasionado y sin soportes... como rescate en el otro, como descubrimiento de sí mismo...

Y la muerte... como posibilidad cercana... y a la vez como lo reversible... lo insoportable y lo que hace soportable la vida... El adolescente puede actuar lo que el niño fantasea, pero muchas veces con la lógica megalomaniaca infantil.

Adolescentes que antes y ahora no son los mismos...

* Directora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES. Directora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Adolescentes de UCES (en convenio con APBA). Autora del libro *Niños desatentos e hiperactivos. Reflexiones críticas acerca del Trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad*, Buenos Aires, Noveduc, 2004.

Sin embargo, a pesar de todos los cambios, la mirada social sigue siendo la de “estar en guardia”. Los adolescentes fueron, son y serán peligrosos para todo lo establecido, para los protectores de que nada cambie, para los que necesitan que reine “la paz de los sepulcros”.

Pero el modo en que la adolescencia se manifiesta varía con las épocas.

Muchas cosas permanecen idénticas pero muchas han cambiado. El hombre conquistador se encuentra con mujeres que avanzan más rápido que él. La antigua prohibición sexual a las “nenas” que se hacen mujeres queda callada, pero reaparece en la fantasía de que toda púber será violada (con lo que se le da la versión más brutal de la sexualidad).

Los adolescentes siguen viviendo el amor como fusión con el otro y cada separación como un desgarrar. Pero en una disociación mucho más clara que la que existía en otra época, pueden separar sexo y amor (en realidad, juegos sexuales y amor) y se jactan, mujeres y varones, de “haber estado con cuatro en una noche”. Lo íntimo y lo público se confunden y ese “estar” se da en los apartados de los boliches o en un rincón de un bar... a la vista de todos.

Y, como siempre, el tiempo... con sus urgencias...

Una paciente de 18 años me decía: “Me llamó Juan y me dijo que le pasan cosas conmigo y que quiere verme. Yo le dije que no sabía, porque está Pedro en el medio, pero después lo llamé a Pedro y le dije que no quería verlo nunca más, porque me gusta Juan. Pero ahora me parece que Pedro me va a odiar y Juan no me va a querer, porque ya pasó tiempo y quizá él ya se arrepintió o no sé”. De a poco, me voy dando cuenta de que toda la conversación con Juan fue el día anterior y que con Pedro sale hace una semana. Un tiempo que no es el cronológico se juega ahí, mucho más cercano a los no-tiempos del deseo.

Los amores adolescentes suelen durar un instante pero tienen la fuerza incommensurable de la pasión más absoluta. Son amores que se suponen eternos, en un presente eterno y por los que uno se quitaría la vida.

Los valores de la época

Michel Houellebecq, en *La posibilidad de una isla*, plantea el tema de la inmortalidad¹... y resume bastante bien los ideales de esta época: mantener

¹ Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, Madrid, Alfaguara, 2005.

la juventud y la belleza a toda costa (ser eternamente adolescente), ocupar poder a costa de otros, tratar de no sentir.

Y esto nos hace pensar: ¿Cómo pueden desplegarse los adolescentes si los adultos los toman como modelos? ¿Cómo identificarse con otros, más grandes, si ellos mismos son ubicados como objeto de identificación? “Estoy harta de ser madre de mi madre”, decía una paciente.

La adolescencia supone ideas de futuro, transformación de la propia imagen, proyectos... Quizá uno de los puntos centrales de la adolescencia sea la posibilidad de armar proyectos...

Sabemos que todo adolescente busca valores alternativos a los de los padres, que la sociedad les ofrece casi inevitablemente modelos e ideales a los que intentará responder y en el cumplimiento de los cuales intentará recuperar la imagen perdida, el narcisismo golpeado. Es decir, mientras se es un niño, se puede suponer amado por todos, si se es amado por los padres, y este es casi un derecho por el simple hecho de existir, pero la salida al mundo implica la puesta en juego de las propias posibilidades frente a otros. Y ahí lo difícil es sostener el amor a sí mismo en base a logros, en una sociedad que, a diferencia de las primitivas, no señala con claridad ni las metas ni el recorrido.

Es decir, el sostén narcisista proveniente de vínculos exogámicos durante la adolescencia es clave para el decurso del proceso adolescente.

Entonces, intentaré analizar la problemática actual de los adolescentes tomando en cuenta la crisis de valores que se da a nivel social.

Considero que en los últimos años se han producido modificaciones en los modelos culturales dominantes y que la crisis económica, así como los cambios políticos, han cuestionado los ideales vigentes. El individualismo, la eficiencia y el dinero como fin en sí mismo han pasado a ser valores de nuestra cultura. La idea de progreso ha sido puesta en jaque.

Desbordados y sobreexigidos, los adultos tienen que realizar tal esfuerzo para sostenerse a sí mismos (ser “sobrevivientes” es un término muy usado por nuestra generación y que alude a múltiples sentidos) que les resulta muy difícil sostener y contener a otros. “Sobrevivir” remite a la muerte. ¿Cómo mostrarles un camino hacia la vida, cómo ayudarlos a confiar en sus posibilidades? ¿Qué terrores se nos presentifican, vuelven desde ellos cuando salen al mundo?

Curiosamente, los adolescentes que se drogan, que toman alcohol, que andan en moto a gran velocidad, hablan de “llenar un vacío”, de sentir algo.

Y retomo: vacío doble. No sienten, no se sienten, porque no pudieron identificarse con otros que se conectaran empáticamente con ellos. Porque los otros estuvieron tan aturdidos, o tan metidos en “su” mundo, que no estuvieron disponibles para registrar los vaivenes afectivos, los estados de desesperación, las demandas de amor. O quizá porque frente al propio tambaleo, la angustia del otro se hacía intolerable.

Pero también vacío por ausencia de ideales, porque cuando se apartan e intentan romper con los modelos parentales se encuentran con un mundo de normas poco claras, de un “todo vale”, “sálvese quien pueda”, de una exigencia de “sé exitoso” aunque es casi imposible, “estudiá”, aunque no se sabe para qué sirve, “trabajá, aunque no vas a ganar ni para mantenerte”. Buscar un lugar se hace difícil. Y el futuro aparece riesgoso. Frente a esto, no es extraño que los adolescentes se refugien en el “aquí y ahora”, en un puro presente.

A veces, si sienten que los padres se viven a sí mismos como derrotados, no pueden ni siquiera discriminarse a través de la pelea. ¿Con qué padres identificarse entonces? ¿A quiénes enfrentar si los adultos han perdido de entrada la batalla? ¿Cómo sostener la idealización necesaria para poder desidealizarlos si el narcisismo parental fue puesto en crisis?

Y si no está posibilitado el incremento del amor a sí mismo a partir de la consecución de logros, frente al registro de las propias falencias se apela a diferentes defensas para reasegurarse narcisísticamente. Así, el aplauso de los otros, el éxito, debe ser rápido y fácil. La droga y el alcohol son buscados como aquello que devuelve mágicamente el paraíso perdido.

Vivimos en un mundo de imágenes y acciones. La palabra ha perdido valor, prevaleciendo la desmentida de lo dicho. Es notorio cómo privilegian los adolescentes música e imagen como lenguajes y cómo descreen de las palabras de los adultos.

Quiebre de redes identificatorias, sentimientos de inseguridad e impotencia, bombardeo de los medios de comunicación, exceso de mensajes confusos, pérdida del valor de la palabra, cuestionamiento de la idea de justicia... un mundo en el que los adolescentes deben encontrar su lugar.

Así, al consultorio llegan muchas consultas por adolescentes que no quieren seguir estudiando, que desertan del colegio secundario.

“No trabaja ni estudia, se droga esporádicamente...” es un motivo de consulta frecuente.

En lugar de una afirmación (quiero ser... alguien diferente de lo que son tus sueños, que aparece en otros adolescentes), con lo que nos encontramos es con un negativismo absoluto, claramente autodestructivo. Quiero... nada.

Es decir... parece que el punto “no estudia ni trabaja”... muestra el límite, el borde... ese tiempo sin futuro... ¿por no querer crecer? ¿porque crecer es peligroso?

Si bien la adolescencia es un momento vital proclive a las situaciones de crisis, si bien hay en todos los planos una suerte de terremoto interno, considero que gran parte de la patología que vemos en los adolescentes de hoy (deserción escolar, intentos de suicidio, uso de alcohol y drogas, fugas reiteradas, anorexia y bulimia), debe ser pensada en un contexto de falla en la constitución del ideal del yo cultural. Así, uno de los problemas más graves en los adolescentes actuales es la ausencia de proyectos, lo que refleja un vacío interno.

Pensarse en una historia y en relación con un futuro es una tarea complicada e imprescindible.

Pero cuando en una sociedad predomina la transgresión de las normas éticas, los chicos quedan atrapados en un mundo de terrores en el que se les combinan las representaciones parentales con las propias escenas temidas.

La idea de una debacle, de un no-futuro o de un futuro espantoso, produce una inundación de afectos y fantasmas ligados a lo temido por uno mismo y por las generaciones que lo precedieron.

Y cuando se deja de pensar en términos de futuro, de proyectos, el pasado vuelve, ya no como historia, como relato de sucesos pasados, sino como retorno de lo temido, inundando y aplastando al presente...

Los duelos

Todo adolescente se mira en un espejo que, como un caleidoscopio, le ofrece una imagen siempre discordante y siempre variable de sí. Y hay adolescentes



que parecen no soportar los duelos y cambios que implica la adolescencia y, más que una pérdida a elaborar, enfrentan un dolor terrorífico.

Perder los soportes infantiles se torna insoportable cuando esos soportes no fueron firmemente internalizados. Más que la pérdida de algo, mientras lo demás permanece, parece ser el derrumbe de todo el edificio lo que está en juego.

Y frente a tanto dolor, es frecuente que se produzca un efecto de tierra arrasada. Hacen como los rusos frente a las tropas de Napoleón: queman todo en la retirada. Cuando los adultos avanzan suponiendo que conquistan territorio, lo que hacen es marchar sobre un territorio devastado, en el que el repliegue ha sido absoluto. Y entonces, se encuentran con que del otro lado no hay nadie, ni para escuchar ni para conectarse afectivamente.

¿Será una suerte de repetición invertida de situaciones anteriores? ¿Estos chicos habrán vivenciado la ausencia del otro, la desconexión afectiva?

Una adolescente de 15 años, que sale permanentemente con diferentes muchachos en una búsqueda desesperada, sometiéndose a maltratos, le contesta a la madre que le reprocha su actitud: “¿No te das cuenta de que necesito todo el tiempo tener alguien que me abrace y que me diga que me quiere?”.

También es frecuente que los padres desmientan el abatimiento generalizado de estos chicos y el consumo de drogas o alcohol, enterándose generalmente porque alguien denuncia la situación, después de varios años.

¿Por qué la pérdida se transforma en desgarró, la separación no puede realizarse y la tensión dolorosa se vive como algo intolerable que debe ser anulado como sea?

Se separan aparentemente de los padres, sin separarse, adhiriéndose a un objeto (como la droga) que no pueda abandonarlos.

Los vínculos que establecen tienen un carácter de adhesividad, pero son superficiales. No pueden amar ni se sienten amados.

Tienen anestesiado el sentir, porque el dolor es excesivo. Intentan, entonces, expulsar todo dolor.

La capacidad para registrar los propios sentimientos se da en una relación con otros que a su vez tienen procesos pulsionales y estados afectivos. Adultos que a veces buscan sentirse vivos a través del consumo vertiginoso, desconectados de sí mismos y de los otros.

La tendencia a la desinscripción, a la desinversión, a la desconexión, que lleva a “excorpar” o a expulsar violentamente toda investidura lleva al vacío. Toda representación puede ser dolorosa y hasta el proceso mismo de invertir e inscribir puede ser intolerable. Trastornos graves de pensamiento suelen predominar en estos chicos. No pueden ligar ni conectar lo inscripto.

Vaciamiento de pensamientos, de sentimientos, “vacío” del que dan prueba las patologías que predominan actualmente. Exceso de dolor sin procesamiento, sin nadie que contenga y calme.

“Desagüe de recuerdos”: en la tentativa de separarse, el adolescente intenta “sacar de sí” todo aquello que vive como presencia materna-paterna dentro de él. Sin embargo, él “es” ya rasgos maternos-paternos, identificaciones estructurantes que lo sostienen. Y al intentar expulsarlas de sí, expulsa pedazos de sí mismo. Pero si las identificaciones se han ido edificando en un “como si”, como una cáscara vacía, la sensación de “romperse en mil pedazos” en el cambio lo abrumará permanentemente. Esto facilita que se aferre a algo-alguien para sostenerse, algo-alguien que le garantice ese entorno de cuidados, disponibilidad, sostén, que anhela y, fundamentalmente, algo-alguien que lo haga sentirse existiendo.

Generalmente, la crisis adolescente lleva a separarse de los padres y a buscar nuevos objetos, sosteniendo las identificaciones constitutivas del yo y la prohibición del incesto frente a la reedición de la conflictiva edípica.

Pero en muchos adolescentes la actualización de los deseos incestuosos se hace intolerable porque fallan tanto los modelos como las prohibiciones internas y un yo armado en un “como si” se resquebraja. Así, entran en pánico frente a los objetos nuevos, no pueden abandonar a la madre (se odian por no poder hacerlo) y realizan un movimiento expulsor de sus deseos. Como si para enfrentar los deseos incestuosos debieran arrasar con todo deseo, sentimiento, pensamiento. Lo que predomina es la expulsión de la representación del objeto, pero también del deseo mismo, lo que los lleva a sensaciones de vacío, de inexistencia.

Eero Rechartt y Pentti Ikonen (1991) afirman que la destrucción del objeto estimulante y/o la fuente de la libido puede servir para apaciguar el exceso de libido no ligada, resultando de este modo posible pensar los desbordes agresivos de estos chicos como intentos de aniquilar la pulsión, proyectada afuera.

Destrucción en la búsqueda de una supuesta paz interna, porque el fragor de Eros resulta intolerable e incontenible. A veces, cuando se impone la idea de que es el objeto el causante del “exceso”, se sienten atacados y reaccionan con estallidos de violencia.

Y cuando se abroquelan en el autoerotismo e intentan armar una coraza protectora antiestímulo, no pueden resolver la contradicción entre aquel y la exigencia de cumplir normas, por lo que tienden -restitutivamente- a idealizar salidas transgresoras. Son chicos que afirman: “Yo hago lo que quiero” después de declarar: “No quiero nada”.

Esto suele combinarse con madres que abruman con un contacto incestuoso.

El propio funcionamiento pulsional arrasa, abrumando al sujeto con una tensión desgarradora. Allí donde otros arman la novela familiar, pueden escribir una historia, armar fantasías, ellos quedan a merced de urgencias no tramitables, no simbolizables.

Y si en un primer momento lo que quieren es aplacar el dolor, en un segundo momento el no sentir les genera desazón, los deja con vivencias de vacío, de no-vida. Frente a esto, buscan “emociones fuertes”: alcohol, droga, velocidad, golpes, como elementos que sacuden, que lo sacan del estado de apatía.

Los ideales

Generalmente, los ideales cobran una importancia fundamental en la adolescencia. Frente al quiebre de la imagen de sí mismo, los ideales son sostén narcisista.

Pienso que los ideales culturales favorecen o entorpecen la resolución de la crisis adolescente.

En un contexto cultural en el que las normas y valores no están claros, el pasaje del vínculo corporal a la palabra se hace más difícil, y esto lleva a que se fluctúe entre momentos de confusión y de violencia.

A la vez, el ideal del yo cultural ofrece caminos alternativos a la exigencia pulsional, caminos alternativos que lo ayudan a desprenderse de los objetos incestuosos. Pero si la sociedad no sostiene esos caminos, el adolescente queda apresado en los deseos incestuosos o en el rechazo a todo deseo. Y estos chicos fluctúan entre ambas posiciones.

Freud afirma que la ética supone una limitación de lo pulsional. Pienso que, si consideramos el movimiento de la pulsión sexual y el entramado de Eros y Tánatos en la misma, podríamos decir que la transmisión de una ética de vida implicaría una limitación en el movimiento de retorno de la pulsión, es decir, en el efecto de la pulsión de muerte, en el cerramiento que implica la desaparición de la pulsión misma como motor y a la vez el sostenimiento del movimiento como búsqueda permanente, como derivación a otras metas.

Considero por esto que, paradójicamente, hay una transgresión que implica un triunfo de la desligadura.

A la vez, podemos hablar de una transgresión creativa, al servicio de Eros, que implica complejizar, reorganizar. Es más, pienso que es la salida por excelencia a la crisis adolescente. Camino diferente en las distintas generaciones, pero siempre productivo, generador de cambios con respecto a la anterior.

La creación supone normas, reglas y posibilidades de ir más allá de ellas, de romper con los caminos ya establecidos, retomando la historia para abrir recorridos nuevos. La transgresión como triunfo de Tánatos, en cambio, implica la desmentida o la desestimación de la norma en una suerte de burla omnipotente que lleva a la autodestrucción.

¿Por qué son tantos los adolescentes que, en esta época, toman caminos autodestructivos?

Considero que en una historia de violencias, en un contexto transgresor, en una época de crisis de los valores éticos, es más difícil encontrar un camino. Y los adultos tienden a repetir una actitud culpabilizadora con los jóvenes mucho más que pensarlos en una cadena generacional y social. Se tiende a ubicarlos como culpables, sin preguntarse por el lugar que ocupan ni por las transformaciones de las que son voceros.

Los valores que predominan en nuestra cultura, como el éxito fácil, la apariencia, el consumo, no tienen peso. Podríamos decir que son valores

triviales, que no ayudan a la complejización sino que favorecen las fantasías omnipotentes y megalomaniacas. La idealización del poder y de la magia refuerzan los ideales del yo-ideal. En lugar de proyectos, hay un “ya” demoledor.

La disyunción es: o se es “un ganador” o no se es, situación que deja a alguien en crisis absolutamente solo y desamparado. Esto, en un momento en que el sí mismo está siendo cuestionado, puede ser devastador. Puede hacer sentir que la lucha está perdida de antemano y que eso implica no ser. “Quedás afuera del mundo” es una frase muy usada últimamente, que alude a una marginalidad radical. Y entonces, tierra arrasada frente al empuje pulsional, tierra arrasada frente a los embates al narcisismo, tierra arrasada frente a las exigencias de un mundo que no da vías de salida.

En una época en la que, como afirma Cornelius Castoriadis: *“No puede no haber crisis del proceso identificador, ya que no hay una autorrepresentación de la sociedad como morada de sentido y de valor, y como inserta en una historia pasada y futura”* (Castoriadis, C.; 1996), ¿a qué y con quién identificarse?

Es por esto que, actualmente, los referentes internos, la ética transmitida, la capacidad mediatizadora y complejizadora, son fundamentales como elementos con los que alguien llega a enfrentar un pasaje que no solo no está pautado sino que está dificultado socialmente.

La tensión entre el yo y el ideal del yo se resuelve en una derrota que aparece como derrumbe narcisista. Sentimiento que puede ser rápidamente encubierto con la euforia que da el alcohol o la cocaína, entre otras drogas. Omnipotencia prestada que tapa por momentos el dolor intolerable.

Como plantea Pascal Hachet, el consumo de droga es *“una tentativa ineficaz de autocuración de sentimientos impensables”* (Hachet, P.; 1997, pág. 119).

Los adolescentes que aparecen en la película *Elefant* (en la que se relata la matanza que se hizo en Columbine, una escuela secundaria de EE.UU.), matan para divertirse. Pero lo llamativo en la película es la ausencia de adultos. No están o están como una mirada amenazante o como seres tambaleantes, a los que hay que cuidar y sostener. Si no, son una especie de sombra que puede complicar, enojarse, pero que no sostiene ni cuida.

En *Elefant*, hay un vacío de palabras y, sobre todo, un vacío de preguntas. Vacío que es llenado por imágenes de la tele, por movimientos automáticos, ...sin personas ni proyectos.

La violencia

Repudio de los ideales parentales, búsqueda de nuevas identificaciones, reactivación de la omnipotencia infantil en pugna con la aceptación del cuerpo marcado por el sexo masculino o femenino, todo esto puede llevar a regresiones y tanto a mecanismos de defensa psicóticos como a actuaciones que, a veces, son graves. Ginette Michaud plantea que el repudio de los antiguos ideales y el vacío de ideales que deberían reemplazar a aquellos induce al adolescente a construir 'neonecesidades' y una 'neorrealidad' (Michaud, G.; 1984). Y dice que los adolescentes a los que todo se les satisface inmediatamente dejan de desear y quedan en un estado de desazón.

Octave Mannoni, retomando a Winnicott, afirma: *“La oscuridad de los fenómenos de identificación es lo que hace difícil una teoría psicoanalítica de la adolescencia. El sujeto está obligado -¿cómo? ¿por qué?- a condenar las identificaciones pasadas. Sabe que ya no es un niño -y si no lo sabe no faltará quién se lo recuerde-, pero sabe también que no es un adulto (algo que se le recuerda aún más) y que se expone al ridículo (que produce precisamente una ruptura de identificación en el nivel del yo), si se deja ir y cree que es un adulto. Los pájaros que mudan de plumaje son desdichados. Los seres humanos también mudan, en el momento de la adolescencia, y sus plumas son plumas prestadas; se dice a menudo que el adolescente que comienza a perder sus antiguas identificaciones toma el aspecto de algo prestado. Sus ropas no parecen ser las suyas, ya se trate de vestidos de niños, ya de vestidos de adultos; y sobre todo ocurre lo mismo con sus opiniones: son opiniones tomadas en préstamo. [...] ...todavía no comprendemos bien cómo todo eso se arregla al terminar la adolescencia, pues el sujeto no se desembara en modo alguno de sus objetos prestados; en cierto modo logra modificarlos, integrarlos, hacerlos suyos. Su personalidad continúa siendo ciertamente tan compuesta como lo fue siempre, pero es compuesta y, así y todo, está integrada”* (Mannoni, O.; 1994, pág. 26-27).

En el análisis, el único modo en que parecería poderse abordar esta crisis identificatoria (que si faltase sería aún más preocupante) es a través del juego (fantaseo): ser otros, y de ahí lo de la novela... asumir diferentes personajes, en un juego de fantaseo en el que el adolescente va probando diferentes ropajes.

François Marty (1999) dice que en la pubertad, la problemática infantil estalla por la reactivación sexualizada de las imagos parentales. En la psicosis pubertaria, ese movimiento de sexualización se efectúa en la desmentida y la desestimación de la diferencia sexual y de las generaciones. Lo que rige es el incesto. Se invisten los objetos infantiles narcisistas. La pubertad precipita al adolescente en la psicosis para huir de la tensión interna que ella ocasiona, ligada al riesgo de la fusión con el objeto incestuoso primario. El conflicto psicótico lleva a la huida del objeto al mismo tiempo que a su búsqueda.

El púber intenta organizar la pregunta acerca de los orígenes, situarse en un lazo de filiación.

Para salir del encierro en que lo deja la pubertad, cuando se declaran rupturas o fallas del orden simbólico, el púber crea un delirio o hace un pasaje al acto (suicidio, crimen, etc.).

La desestimación de la realidad lo obliga a escindir su visión del mundo. El retorno de la cosa desestimada y desmentida aporta al delirio fragmentos de verdad. Pero a la vez la desestimación y el clivaje atacan el proceso de pensamiento, impidiendo la ligazón de las representaciones. El adolescente se debate en un uso sinfín de palabras, escenas, en busca de sentido, de simbolización.

En relación con el lugar del analista, Octave Mannoni retoma a Winnicott y dice que *“nuestro papel es afrontar, lo cual da por sobreentendido que no se trata de soportar pasivamente ni de reprimir ciegamente”* (Mannoni, O.; 1994, pág. 23).

La adolescencia es un momento de resignificación en el que los apoyos externos vuelven a ser fundamentales. Es el mundo el que tiene que ayudar a sostener el narcisismo en jaque.

La violencia puede ser pensada como un recurso, generalmente autodestructivo, al que muchos adolescentes apelan frente al terror de verse desdibujados en un mundo en el que se suponen sin lugar. Sería un modo de forzar al medio, de declararse existente a través de una transformación del medio.

Philippe Jeammet dice: *“Siempre que el narcisismo está en cuestión, el sujeto se defiende por un movimiento de inversión en espejo que le hace actuar como lo que él teme sufrir. El comportamiento violento busca compensar la amenaza sobre el yo y su desfallecimiento posible imponiendo su dominio”*

sobre el objeto desestabilizador. [...] ...existe así una relación dialéctica entre la violencia y la inseguridad interna generando un sentimiento de vulnerabilidad del yo, de amenaza sobre sus límites y su identidad, una dependencia acrecentada de la realidad perceptiva externa para reasegurarse en ausencia de recursos internos accesibles y, en compensación, una necesidad de reaseguramiento y de defensa del yo mediante conductas de dominio sobre el otro y sobre sí mismo” (Jeammet, P.; 2002, pág. 60-61).

Dijimos que los adolescentes necesitan reaseguros externos para sostener el narcisismo. Esto hace pensar que el modo en que transiten la adolescencia dependerá en gran medida de que encuentren esos reaseguros en el mundo externo y a la vez que el contexto les ofrezca un espacio de sostén narcisista.

Ahora, es habitual que el adolescente sienta “su necesidad de los otros como una dependencia intolerable. Se siente disminuido y amenazado frente a esta necesidad que lo confronta a una pasividad enloquecedora. La necesidad del otro se convierte en una invasión por parte de este transformada en una fuerza aspirante. Su necesidad ya no es sentida como tal por el paciente sino como una necesidad del otro sobre él” (Jeammet, P., 2002, pág. 65).

“El desarrollo de la personalidad está atrapado en este dilema: para ser él, debe alimentarse de los otros y al mismo tiempo necesita diferenciarse de estos otros. Hay aquí una contradicción potencial: ¿cómo ser él mismo si para serlo necesita a la vez ser como el otro y diferenciarse del otro?” (Jeammet, P., 2002, pág. 68).

Es decir, los adolescentes pueden luchar contra sus propios deseos, en tanto sienten que el desear implica necesitar a otro que puede no estar. Y, para peor, la presencia del otro puede hacer resurgir el dolor por la ausencia posible, cuestión a tener en cuenta en la transferencia.

En el análisis de adolescentes el tema muchas veces es cómo interpretar sin hacer sentir al otro que uno es el que armó la interpretación, sino que fue él quien la produjo. Es decir que no sienta que debe al otro, ni que suponga que es el otro el que produce el placer, sino que pueda sentir el placer del descubrimiento sin tener que agradecer ni preguntarse quién es el causante de ese placer.

A la vez, una tarea fundamental de todo adolescente es escribir una historia. Y esto en un momento en que no quiere recordar su infancia y le cuesta proyectarse a un futuro.

Los proyectos

Muchas veces, cae sobre niños y adolescentes la exigencia de sostener a los adultos, de hacerse cargo de lo que sus padres no pueden resolver. Ya en los últimos años, las demandas parentales vienen siendo desmedidas y se viene transmitiendo a los hijos un vaticinio catastrófico: “nunca va a poder solo”, “se piensa que lo voy a mantener toda la vida”. “¿No se da cuenta de que no doy más?”. Vaticinio que no es más que la proyección en el hijo de la propia sensación de fracaso en relación con los propios proyectos. No hay proyectos para ellos y, cuando los hay, estos tienen tal distancia con las posibilidades reales del niño que su cumplimiento se torna imposible. Mientras los adultos fluctúan entre la furia y la tristeza, los adolescentes se deprimen: “No me quieren, nunca están conformes conmigo”. “No sé qué es lo que esperan de mí”. “Si nada sirve, para qué seguir estudiando”. La muerte aparece como alternativa.

Piera Aulagnier afirma: *“Si el futuro es ilusorio, lo que es indudable, el discurso de los otros debe ofrecer en contraposición la seguridad no ilusoria de un derecho de mirada y de un derecho de palabra sobre un devenir que el yo reivindica como propio; solo a ese precio la psique podrá valorizar aquello de lo que ‘por naturaleza’ tiende a huir: el cambio”* (Aulagnier, P.; 1977, pág. 169). Es decir, el temor al futuro deja a los adolescentes en una dependencia sin salida.

Rosine Crémieux (2000) plantea que uno de los elementos constitutivos del psiquismo es la esperanza de obtener ayuda externa. ¿Qué efecto de desfallecimiento psíquico puede acarrear el que no haya esperanzas a nivel colectivo y que el mundo externo aparezca como peligroso?

Podemos decir que los proyectos son la presencia de la pulsión de vida allí donde el narcisismo primario se quiebra, muestran la distancia con el ideal y a la vez lo ubican como posible. Proyectos y esperanza permiten desplegar el empuje pulsional de un modo mediatizado, frenar la pura insistencia de la muerte.

Proyectos y esperanza que nos ubican, desde una mirada diferente, en pensar al adolescente como alguien que crece, que va a los tumbos, que descubre y cuestiona, que actúa por desesperación y porque siente que tiene que jugarse y mostrarse, que no teme a la muerte porque se considera inmortal y porque puede ser mártir o héroe y que deberá ir armando, en fin, a su manera, un mundo distinto del de sus padres, en lo privado y en lo público.

Y que debe ser acompañado en ese trayecto sin ser lanzado al precipicio ni encerrado en la prisión endogámica.

Amor, sexualidad y muerte se jugarán entonces como posibilidades abiertas, como caminos a construir por cada uno en cada momento, a la manera de cada uno. Un uno sostenido en un contexto.

Primera versión: 30/03/08

Aprobado: 30/05/08

Bibliografía

Aulagnier, Piera: (1977), *La violencia de la interpretación*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Castoriadis, C.: (1996), Conferencias en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Crémieux, Rosine: (2000), "Stücke or not Stücke". En: *Revue Française de Psychanalyse*, N° 1, Tomo LXIV, PUF, París, 2000.

Freud, Sigmund: (1919), "Lo Ominoso". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. 17.

Freud, Sigmund: (1920), "Más allá del principio de placer". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. 18.

Freud, Sigmund: (1923), "El yo y el ello". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol.19.

Freud, Sigmund: (1927), "El porvenir de una ilusión". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. 21.

Freud, Sigmund: (1929), "El malestar en la cultura". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. 21.

Freud, Sigmund: (1938), "Esquema del psicoanálisis". En: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. 23.

Green, Ikonen, Laplanche, Rechartd y otros: (1991), *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Hachet, Pascal: (1997), "Criptas y fantasmas en toxicomanía". En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Jeammet, Philippe: (2002), "La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad", en *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, N° 33/34, Bilbao.

Kristeva, Julia: (1993), *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra.

Mannoni, O. y otros: (1994), *La crisis de la adolescencia*, Barcelona, Gedisa.

Marty, François: *Filiation, parricide et psychose à l'adolescence. Les liens du sang*, Ramonville Saint-Agne, Érès, 1999.

Michaud, Ginette: (1984), « Mouvements psychotiques à l'adolescence. Approches théoriques, perspectives thérapeutiques », *Psychiatrie française*, N° 15, pág. 9-25.

Retchardt Eero, Ikonen Pentti: (1991), *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Resumen

En este artículo se analiza la problemática actual de los adolescentes tomando en cuenta la crisis de valores que se da a nivel social. La adolescencia es una encrucijada en la que se abren nuevos caminos pero también es una situación de crisis y riesgo. Y los adolescentes dependen, para sublimar sus pulsiones y sostener el narcisismo, de los aportes del mundo externo. Así, gran parte de la patología que vemos en los adolescentes de hoy (deserción escolar, intentos de suicidio, uso de alcohol y drogas, fugas reiteradas, anorexia y bulimia) debe ser pensada en un contexto de falla en la constitución del Ideal del yo cultural.

Palabras clave: adolescencia; narcisismo; ideal del yo cultural; duelos.

Summary

This article attempts to analyze the current problems posed by adolescence, taking into account the crisis of values occurring at the social level. Adolescence is a crossroads in which new pathways are opened, but it is also

a situation of crisis and risk. In order to sublimate their drives and be able to sustain narcissism, adolescents are in need of input from the external world. Thus a great part of the pathological conditions seen in today's adolescents (school desertion, suicidal attempts, use of alcohol and drugs, recurrent running away, bulimia and anorexia) must be considered within a context of failure in the constitution of the cultural Ideal of the ego.

Key words: adolescence; narcissism; cultural ideal of the ego; duels.

Résumé

Dans cet article les actuels problèmes des adolescents sont analysés en prenant en compte la crise de valeurs qui se rend à un niveau social. L'adolescence est un carrefour dans lequel des nouveaux chemins sont ouverts mais aussi c'est une situation de crise et de risque. Et les adolescents dépendent, pour sublimer ses pulsions et pour soutenir le narcissisme, des apports du monde externe. Tel, une grande partie de la pathologie que nous voyons chez les adolescents d'aujourd'hui (la désertion scolaire, des tentatives de suicide, l'usage d'alcool et de drogues, des fuites réitérées, anorexia et bulimia), doit être pensée à un contexte de faille à la constitution de l'Idéal du moi culturel.

Mots clés: adolescence; narcissisme; idéal du moi culturel; duels.

Beatriz Janin
Av. Córdoba 3431 Piso 10° "A"
(1188) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4963-2777; 4963-4729
beatrizjanin@yahoo.com